

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 5. MI SANGRE DERRAMADA POR VOSOTROS”. PERDÓN EUCARÍSTICO Y FAMILIA

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	EL PERDÓN EN LA LITURGIA EUCARÍSTICA	1
3)	EL PERDÓN DE CRISTO, EN TODAS NUESTRAS RELACIONES.....	4
4)	CONCRETANDO EN PRÁCTICAS.....	6

1) *Introducción*

“Esta es la sangre de la alianza, derramada por vosotros y por muchos, para el perdón de los pecados”. En el centro de la Eucaristía hay un perdón. Es un perdón que ha costado toda la sangre de Cristo. Vivir de la eucaristía es vivir de ese perdón. Cuando afrontamos desde el perdón de la Misa nuestras discordias, infidelidades, indiferencias..., entonces damos forma eucarística a nuestra vida. ¿Y qué perdón se vive en la Misa?

Vamos a verlo desde dos ángulos. Primero, recorreremos la liturgia de la Eucaristía. Después, veremos cómo la comunión con Cristo anima nuestros perdones como padres, hijos, amigos, esposos...

2) *El perdón en la liturgia eucarística*

Empecemos repasando los momentos de perdón en la liturgia de la Misa.

a) Está primero el “Yo confieso”. Nos reconocemos pecadores, no solo ante Dios sino también ante los hermanos. Y escuchamos que otros se llaman a sí mismos pecadores. San Agustín dice en sus *Confesiones* que no le da vergüenza relatar sus pecados, pues lo hace ante sus hermanos. Y estos se alegran con él cuando progresa y, cuando cae, se duelen y rezan por él. “Me manifestaré a los tales, porque no es pequeño fruto, Señor Dios mío, el que sean muchos los que te den gracias por mí y seas rogado de muchos por mí” (*Confesiones* X 4,5).

“Yo confieso ante Dios y ante los hermanos”: cada misa empieza recordándonos que todo pecado toca al hermano y a Dios, pues Él nos ha confiado al hermano. Los dos perdones que necesitamos van unidos, como van unidos los dos mandamientos del amor. Solo desde el perdón de Dios, podemos perdonar al hermano y, entonces, Dios nos termina de perdonar.

b) Viene luego el “Gloria”. Es alabanza a la Trinidad por su majestad. Le agradecemos “por su inmensa gloria”, es decir, por el mero hecho de ser quien es,



tan grande, tan Dios. Pero en este himno invocamos también la piedad: “tú que quitas el pecado, ten piedad, escucha”. Pertenece a la gloria de Dios, a su luz y resplandor y majestad, el que su obra no solo sea muy buena, sino que sea tan buena que pueda incluso convertir hacia Él el corazón que le ha abandonado.

“Solo tú eres Santo”, añadimos. Pero lo decimos de Jesucristo, nuestro hermano, “con el Espíritu Santo”, que Él derrama sobre nosotros al morir. Su misericordia consiste en que nos comunica su santidad. No es que pase por alto el pecado, sino que nos transforma para que podamos vencer nosotros mismos al pecado y así ser sus amigos, dignos de Dios.

c) Después, tras leer el Evangelio, el sacerdote o diácono dicen en secreto estas palabras: “que por los dichos del Evangelio se borren nuestros delitos”. Esto puede aplicarse a todas las lecturas de la Misa. Pues estas relatan el perdón, al narrarnos la historia misericordiosa de Dios con los hombres pecadores. El final de la historia de José y sus hermanos resume la Biblia entera: “vosotros intentasteis hacerme mal, pero Dios lo cambió en bien” (Gn 50,20). Escuchar estas palabras es fuente de perdón, como dice Jesús: “vosotros estáis limpios, por la palabra que os he hablado” (Jn 15,3). Al escucharlas, es nuestra vida la que escuchamos, que vuelve a la casa del Padre cada Eucaristía.

d) A esto siguen las palabras centrales sobre la sangre: “mi sangre derramada por vosotros y por muchos”.

“Por vosotros”: la sangre de Cristo se derrama, no solo por los extraños, sino por aquellos cercanos a Él, por sus amigos. El pecado que Jesús perdona es el pecado de cerca: del hermano, del hijo, del padre, la madre, el esposo... Escuchar el “por vosotros” nos lleva a dolernos de la amistad que tantas veces traicionamos.

A la vez, la sangre derramada nos recuerda que estamos ante un sacrificio de expiación, que perdona los pecados. No es perdón fácil el que comunica Cristo, sino que le ha costado sangre y muerte. ¿Por qué es esto así? ¿No basta que Dios, con su poder, nos perdone?

Resulta que perdonar no es tan fácil. Primero, es claro que no basta con olvidar. Tomarse pastillas que producen amnesia no es perdonar. Al contrario: el que olvida, ése se ha hecho ya incapaz de perdonar. La película de Jim Carrey *¡Olvidate de mí!* (en el original inglés: *Eternal Sunshine of the Spotless Mind*) relata el drama de dos amantes que, para no perdonarse, acuden a una tecnología que borra toda huella del otro en ellos. Pero entonces la relación ya no se restablece, que es lo propio del perdón, sino que se cancela.

La clave del perdón es separar a la persona del acto malvado que ha cometido. Esto requiere, por una parte, mirar de otro modo a quien nos ofendió. Es decir, implica decirle: “tú no te identificas con el mal cometido, tú eres mejor que tus acciones”. Ahora bien, la cosa no es tan fácil. pues hay que decirle también: “tú eres responsable de tus acciones, tú te has puesto en juegos en lo que has hecho, tus acciones te siguen y pertenecen a tu nombre y a tu destino”.

Esto nos ayuda a entender la diferencia entre perdonar y olvidar. Se ha dicho que perdonar es “aprender a recordar de otro modo”. Pues el acto malvado sigue ahí, no se elimina, y pertenece a la historia de quien lo cometió. Lo que ocurre es que este hecho puede mirarse a otro trasluz, poniéndolo junto a otros momentos de su vida, pasados y futuros para que, de este modo, cobre otro



significado en el conjunto. Podemos recordar, por ejemplo, el bien que esa persona ha sabido hacernos en otros momentos o que hace al reparar su mal. Podemos recordar también que aquello que nos une es más grande que esta ofensa cometida. Para ello es necesario que colabore quien nos ofendió: que pida perdón de palabra y que muestre con sus acciones que ese acto malvado no agota su ser.

Para que sea posible mirar a la persona a otra luz, encontrar en ella razones de esperanza, sobre todo ante culpas graves, el perdón tiene que abrirse más allá de lo humano, hacia Dios. Solo el amor que Dios tiene al culpable garantiza que sea posible siempre decir a quien ha cometido el mal: “tú eres más grande que tus acciones”. El perdón es posible porque decimos al hermano: “Tu vida viene de más arriba, viene de Dios y hay en ella por tanto la novedad del acto creador de Dios. Si te veo a la luz de este origen, entonces entiendo: el mal que has hecho no agota lo que eres. Puedes todavía regresar a ese origen, existe esperanza de cambiar”. Y quien ha ofendido puede atreverse también a pedir perdón: “he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión”, pero sé que puedo alcanzar misericordia.

Nos acercamos así al misterio de Jesús en la Eucaristía. Dando por nosotros su sangre nos dice: “Tú vales tanto, que Dios mismo ha entregado la vida de su Hijo único para rescatar tu vida. Tú vales la sangre de Cristo. Cuando los hombres éramos pecadores, cuando le estábamos abandonando o crucificando, Cristo ha muerto por nosotros, para que entendamos que, por grande que sea el pecado, el amor de Dios no se detiene ante este pecado, sino que encuentra en los hombres razones más hondas para la esperanza”. Podemos decir: yo soy alguien por el que murió Cristo, y este es mi hermano por el que Cristo dio su sangre (cf. *Rm 14,15*).

En la Eucaristía poseemos, por tanto, la fuente del perdón de la Iglesia. La Eucaristía es manantial de concordia porque es fuente para lavar toda discordia. ¿Cómo puede lavarnos la sangre? Porque con ella se nos da el Espíritu Santo, que transforma el corazón de piedra en corazón de carne. En efecto, para los antiguos la sangre estaba unida al soplo vital, a la respiración, transmitiendo este soplo al cuerpo. Y este soplo, en la mentalidad bíblica, es el Espíritu de Dios, que nos da la vida. Al darnos su sangre Jesús nos está entregando su Espíritu Santo, que nos une a Dios y entre nosotros. Por eso esta sangre se llama “sangre de la alianza”.

e) Después de estas palabras centrales sobre la sangre, que reverberan luego en toda la plegaria eucarística, podemos pasar al rito de comunión y al Padrenuestro: “perdónanos como nosotros perdonamos”.

Se cierra aquí un gran arco, el arco del perdón cristiano. Pues empezábamos la misa confesándonos los pecados y suplicando intercesión. Después hemos vivido la muerte de Cristo por nosotros, su sangre derramada. Y ahora con la seguridad de que Dios es nuestro Padre, y tan Padre nuestro que ha mandado a su Hijo a morir por nosotros, con esa seguridad le pedimos perdón. De este modo también nosotros, gracias al perdón de Cristo que es la fuente de perdón, podemos perdonar a los otros: “como nosotros perdonamos”.

Después del Padrenuestro sigue enseguida otra mención del perdón. El sacerdote reza: “no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia”. Comentaba Joseph Ratzinger que cuando, después del Concilio Vaticano II, empezó a rezar esta oración en alemán, lo que le salía era decir: “la fe de *nuestra* Iglesia”. Y entonces le impactaba pensar: “¡No! Es la fe de *su* Iglesia, es suya y no nuestra, es su esposa, y



por eso es *santa*, libre de pecado, aunque formada por miembros pecadores”. No mires nuestros pecados, sino mira cómo tu Iglesia tiene fe, es decir, cómo se confía radicalmente en ti, cómo te tiene por cimiento último.

Entendemos de este modo que necesitamos a la Iglesia para obtener perdón. Ella es ese lugar bueno de sanación, como el aire de la montaña para nuestros pulmones tuberculosos. Esto significa también que podemos edificar entonces una cultura del perdón. El perdón no son solo actos, sino tradiciones, buenas prácticas, testimonios y testigos... El perdón es una casa, y estamos llamados a hacer de nuestra casa un lugar donde sea fácil el perdón, donde el perdón salga por sí solo.

“Podéis ir en paz”. Al final de la misa aparece de nuevo el perdón, pues podéis ir en paz quiere decir: “podéis ir a edificar una familia, una ciudad, donde se pueda vivir este perdón que habéis recibido”.

3) *El perdón de Cristo, en todas nuestras relaciones*

“Podéis ir en paz”. Hay aquí un envío para llevar el perdón de Cristo a todas nuestras relaciones. Pues este perdón de Jesús se adapta como un guante a cada vínculo de nuestra vida.

a) El perdón de Jesús es, en primer lugar, el perdón de un padre hacia sus hijos. Los padres pueden siempre perdonar al hijo porque saben que lo ha recibido de Dios. Por grandes que sean los desvaríos del hijo, padre y madre conocen el manantial de donde viene el hijo. Es el manantial de su amor conyugal, un amor que se abre más allá de ellos, y donde actúa Dios mismo, dador de vida. Por eso, si nuestro hijo procede de ese manantial, si ha sido generado de esta fuente, esta fuente podrá también regenerarlo. Y si al generar un hijo hemos mediado el amor de Dios (pro-creación), podremos también mediar el perdón, educando para ello.

Y esto con más razón por el bautismo adonde llevamos a nuestros hijos. En el bautismo los padres confiesan la fe en nombre de su hijo. Y son testigos de que se invoca sobre el hijo el nombre del Padre de Jesucristo, y de que al recibir el agua es bañado con la sangre de Cristo. En el corazón del hijo nace una fuente que continuamente le recuerda: “¡Ven al Padre!” Vivamos la Eucaristía como hijos que regresan a su Padre. Pues aquí se atestigua lo que vale nuestra vida y lo que vale la vida de nuestro hermano.

b) El perdón de Cristo es también el perdón de un esposo. Jesús habla en la Misa de la “sangre de la alianza”, evocando la sangre que Moisés roció sobre el Pueblo cuando selló la alianza con Dios. Una alianza en la sangre es precisamente una alianza nupcial, donde las sangres de marido y mujer se mezclan en la sangre del hijo. Por eso podemos ver en la Última Cena las bodas de Jesús con su Iglesia, representada en los doce Apóstoles.

Pues bien, si el perdón de un padre a su hijo se basa en que ha recibido al hijo como un don de Dios, ¿en qué se basa el perdón de los esposos? La clave es la promesa esponsal que se dieron y en la que viven. Siempre pueden decir: la promesa que nos hicimos es más grande que las ofensas que nos separan. Esto no significa que el perdón será fácil, ni que sea inmediato, sin exigir paciencia. Pero significa que hay esperanza de perdón, que se puede empezar el proceso por el cual “estamos perdonando”.



Esto ocurre, sobre todo, cuando esta promesa está sellada, como en el sacramento del matrimonio, por la sangre de Cristo. El matrimonio, recordemos, fue instituido en la Cruz, en un acto de perdón a la Iglesia, cuando éramos todavía pecadores (*Rm 5,8*). Cristo se entregó para purificar su Iglesia, para presentársela santa e inmaculada (*Ef 5,26*). Por eso el matrimonio no es solo sacramento (signo eficaz de amor) cuando todo va bien y el amor resplandece, sino también, y de modo especial, cuando es preciso el perdón, porque fue instituido en un momento de perdón, y nos comunica la gracia para perdonar. La Eucaristía, vivida como marido y mujer, es la fuente del perdón cotidiano de los esposos.

Recordemos, en la novela *Los novios* del italiano Alessandro Manzoni, la figura del Padre capuchino Fray Cristóforo. Este se convierte a Dios cuando es perdonado de un asesinato por el hermano de su víctima. Él pide entonces a la familia del fallecido un signo de ese perdón, y se le da un trozo de pan que él llama “pan del perdón”. Se hará luego fraile y conservará siempre ese trozo de pan. Como nos relata la novela, ayudará a los dos novios, Renzo y Lucía, para que puedan casarse. En el momento en que por fin están reunidos, les da su bendición y les regala este “pan del perdón”, signo de la Eucaristía en sus vidas, animándoles a transmitir este perdón a sus hijos: “Os lo dejo a vosotros: conservadlo; mostrádselo a vuestros hijos. Vendrán a un triste mundo, durante tiempos tristes, entre orgullosos y provocadores: ¡decidles que perdonen siempre, siempre! ¡Todo, todo! ...”. Son palabras que solo se pueden decir desde la Eucaristía.

c) Añadamos que el perdón de Cristo es también perdón a los padres. Pues Cristo rescata con su muerte a Adán y a todos los justos del Antiguo Testamento anteriores a él. Resulta también necesario perdonar a nuestros padres. Hoy esta herida está muy presente, si pensamos en la crisis de abusos, muchos de los cuales suceden en familia. Y están también los abusos de una legislación familiar contraria a los hijos, que nos les asegura una familia estable donde puedan madurar dignamente.

Contra este perdón, la llamada “cultura de la cancelación” incita a no perdonar a los padres, a cancelarlos cuando han hecho el mal. Cristo, sin embargo, abre otra mirada. Perdonar a los padres supone aceptar la herida que lleva toda paternidad, cuya misión supera al padre. El “Adán” de Karol Wojtyła en su obra “Rayos de paternidad” es un padre que ha abandonado a los hijos, y encontrará redención en Cristo, que recupera la paternidad. Perdonar el pecado del padre es posible si entendemos que el padre ha recibido una misión del Padre celeste, de quien procede toda familia (*Ef 3,14-15*).

Los mismos discípulos en la Última Cena son padres que abandonan, y Jesús ofrece su sangre también por ellos, para que puedan ser padres. Solo quien perdona a sus padres, quien les acepta a pesar de sus debilidades, puede asumir también con humildad la tarea de ser padre.

d) Se ha dicho a veces que es necesario perdonarse a sí mismo. Hay algo justo en esto, pero es preciso expresarlo bien, pues no es posible el auto-perdón. Quien no se perdona a sí mismo es quien no cree que sea posible ser perdonado por otro, y no se mueve a pedir perdón. No nos perdonamos cuando nos falta humildad para pedir perdón. La Eucaristía, por el contrario, nos da la seguridad de que nuestra petición de perdón, basada en la sangre de Cristo, nuestro hermano, será escuchada y atendida por el Padre y también por la Iglesia Madre.

La Eucaristía nos enseña, por último, que el perdón, sobre todo cuando son grandes las ofensas, requiere tiempo. Esto es así porque se trata de aprender a narrar de otro modo nuestra historia con el amigo que nos ofendió, descubriendo aquello que nos une, más allá de la ofensa. Y lleva tiempo narrar la historia y transformar los ojos del corazón para que vean a otra luz. El perdón puede verse como un proceso, y lo que Dios nos pide es que empecemos ese proceso, que abramos el corazón al perdón, aunque lleve tiempo luego transformar los afectos y restablecer la alianza.

Precisamente porque hace falta tiempo, el sacrificio de Cristo se hace presente en la Misa, y acompaña nuestra vida y toda la historia. El sacrificio del Calvario basta, es cierto, para perdonar todo pecado, y por eso no es preciso repetirlo. Pero Cristo ha querido que este sacrificio nos acompañe día a día, que se haga presente en cada Misa. Pues somos de carne, y la carne tiene que perdonar a fuego lento, hasta que despunte el día, y el lucero de Cristo resucitado brille en nuestros corazones.

4) Concretando en prácticas

1. La Eucaristía se prolonga en el sacramento de la confesión, cuyo efecto es que podamos volver a la mesa del Señor. De esta forma se ve que la penitencia tiene una dimensión comunitaria. Cuando somos perdonados se reactiva en nosotros el don originario que nos hace mejores que nuestras culpas. Es como si se quitasen entonces las piedras (nuestros pecados) que no permitían manar a nuestro bautismo. Así que, gracias al perdón, renacemos como hijos. Pero estas piedras tampoco dejaban manar a nuestra promesa esponsal, ni a nuestra confirmación. Por eso, gracias al perdón, renacemos como esposos y como testigos de Cristo en nuestra familia y sociedad. ¿Qué prácticas se nos ocurren para preparar y agradecer juntos la confesión familiar?

2. “Te llamarán reparador de brechas”. Vivimos en una sociedad llena de heridas (heridas de familia, de amistades, de la sociedad). La Misa termina diciéndonos: “¡Podéis ir en paz!”, es decir, podéis haceros manantial de perdón y edificar una cultura del perdón. ¿Qué prácticas educativas, y qué prácticas misioneras se nos ocurren, para enseñar a perdonar y a ser perdonados?

3. “Que el sol no se ponga sobre vuestra ira”, dice san Pablo (*Ef 4,26*). Es un buen consejo: que la ofensa que nos separa en familia no se quede sin perdonar antes de caer la noche. La Misa acompaña cada día la vida de la Iglesia para que aprendamos también el perdón cotidiano. ¿Qué prácticas podemos inventar para conseguirlo? ¿Tal vez a través del *memorare*? Igual que la Eucaristía es signo del perdón de Cristo, ¿puede haber signos en nuestra casa que nos recuerden, como el pan del perdón, que siempre está abierto el camino de regreso?